



FORJAR UNA CULTURA DE PAZ  
PARA UN SIGLO XXI MÁS HUMANO

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

Presidente de la Fundación Cultura de Paz



Jesús María Alemany, a través del SIP, ha conseguido movilizar a las Cortes de Aragón y al Gobierno de Aragón, y está haciendo una labor extraordinaria que espero se vaya consolidando todavía más con la ayuda de unas colaboradoras extraordinarias: como hemos podido apreciar en su intervención, nuestra querida amiga Carmen Magallón, o la actual directora, María Jesús Luna. Quiero recordar y agradecer sus contribuciones a todos los que a través de los años han ido haciendo del SIP un gran servicio a la cultura de paz, a la caracterización de qué es lo que debe cambiar con apremio a medida que los seres humanos somos progresivamente desplazados de los núcleos de poder.

Por eso me ha parecido muy bien que Carmen hable de que «Necesitamos voces de paz» y que a mí se me pida «Una cultura de paz para un siglo más humano», porque es precisamente lo que en estos últimos años he intentado ir trabando, construyendo; y es extraordinariamente difícil porque la gobernanza del mundo está en manos de una plutocracia y de un supremacismo que no permiten que los seres humanos proyecten nuevas miradas, nuevas maneras de construir puentes y vados... ¿Por qué? Hace muy poco lo ha dicho el Secretario General de las Naciones Unidas: veinticinco personas tienen una fortuna mayor que la mitad de la humanidad. No puede ser.

No puede ser que mientras tanto lleguen sin cesar barcos cargados de hermanos nuestros, emigrantes, seres humanos desahuciados; no puede ser que a Canarias llegue una patera con 72 personas, algunas de ellas fallecidas, algunas de ellas ahogadas el mismo día que despega una nave espacial para que unos cuantos multimillonarios, puedan ver durante diez minutos la Tierra desde el espacio. No puede ser.

Con la pretensión de lograr un siglo XXI más humano, se han hecho muchos esfuerzos, llevamos trabajando en ello desde hace años. Por ejemplo, las Naciones Unidas: precioso diseño, excelente, de un multilateralismo democrático hecho por el presidente Roosevelt, inauguradas en San Francisco en 1945, cuyo primer párrafo de su Carta, y esto lo tenemos que tener muy presente, dice: «Nosotros los pueblos hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra». ¡Qué maravilla! Pues bien, se cumplen ahora 78 años de la existencia de las Naciones Unidas y nunca se ha podido aplicar la Carta de las Naciones Unidas. ¡No puede ser!

¿Qué ha pasado? Pues que el mismo día de su fundación se otorgó el derecho a veto a los cinco vencedores de la II Guerra Mundial. Por tanto, la palabra se dividió, se difuminó y así ¿qué pueden hacer —y lo han hecho bien— las

Naciones Unidas? Se pueden hacer informes. Pero la mediación, el uso de la palabra en lugar de la fuerza, la defensa de la democracia como solución, y no la violencia; de las manos abiertas, y no de las manos cerradas, de las manos tendidas, y no de las manos alzadas... Eso era lo que se pretendía, pero no ha podido llevarse a efecto por el veto.

Tenemos que reflexionar sobre esto. Tenemos que tener memoria y tenemos que considerar de una manera más cercana qué ha pasado en la Unión Europea. También era una organización que, desde el Tratado de Roma, pretendía poner en práctica los valores humanos. ¿Y qué es lo que ha pasado? Porque en el año 2003 Europa tenía voz: ante la inminente invasión de Irak bajo falsos pretextos de Estados Unidos, el ministro de Asuntos Exteriores francés toma la palabra y dice: «en nombre de Europa no podemos aceptar esto». ¡Qué maravilla! Yo esperaba, lo digo con toda sinceridad, que, dadas limitaciones de las Naciones Unidas, al menos nos quedaría una Europa capaz de hacer valer la palabra sobre la fuerza.

Hubo un momento de gran esperanza con Barack Obama, cuando en septiembre de 2015 firma los Acuerdos de París sobre cambio climático y dos meses después firma la Resolución sobre la Agenda 2030 «para transformar el mundo». En efecto, son las directrices que deben inspirar el cambio de modelo... Pero ¿qué sucedió? Que nada más ser nombrado presidente de Estados Unidos Donald Trump anunció que no iba a aplicar ninguno de los acuerdos firmados por su antecesor.

¿Cómo se puede sostener un sistema internacional con esa discrecionalidad, con esa incapacidad de exigir el cumplimiento de los acuerdos internacionales? Y ¿qué ha hecho Europa? Yo pensaba que habría una reacción en Europa que la hiciera capaz de tomar sus propias decisiones. Pero ya han visto lo que ha pasado: cuando Putin invade Ucrania el interlocutor no es la Unión Europea, sino el G-7, exponente de una gobernanza plutocracia y supremacista, y una Organización —militar— del Tratado del Atlántico Norte. Recuerdo, por cierto, cuando Olof Palme me decía: «Oye, Federico, el Atlántico Norte, está en el norte ¿verdad?» Y es que ya entonces no se estaba cumpliendo lo que el mismo título proclamaba.

Y uno se queda pensando ¿qué le pasa Europa y al Parlamento? Lo que ha pasado es lo mismo que a Naciones Unidas: el veto. Se ha decidido que las decisiones deben tomarse por unanimidad, y la unanimidad es la antítesis de la democracia. La Unión Europea está ahora inhabilitada para transitar de un sistema basado en la fuerza a un sistema basado en la escucha de todos los seres humanos, especialmente los niños. Es terrible pensar que, en estos momentos, como ya he destacado, miles de niños se han visto afectados irremisiblemente por la guerra.

Pero ¿cómo puede ser todo eso? ¿Cómo puede ser que Europa ya no pueda ser la interlocutora del señor Putin sino el G7 y la OTAN? Tenemos un deber de memoria. ¿Qué ha pasado? Debemos recordar las cosas que no debemos repetir. Al final de la guerra de 1914, una guerra terrible, donde los soldados morían de frío, morían de hambre, morían de peste... un presidente demócrata, Woodrow Wilson, llega en barco desde Nueva York a Brest en Francia y durante el trayecto escribe «la paz permanente». Y en la plaza de la Concorde proclama que «a partir de ahora, la negociación, a partir de ahora, la mediación, a partir de ahora, el diálogo...». Más allá del *si vis pacem, para bellum* que había regido desde el origen de los tiempos: a partir de ahora *si vis pacem, para pacem, para verbum*. Todo esto piensa y dice Wilson cuando en el año 1919 crea en Ginebra la Sociedad de Naciones; para evitar que Alemania se rearme y, sobre todo, para que más allá de las balas, tengamos las palabras y la diplomacia, y solucionemos los problemas a través de esta maravillosa capacidad creativa que distingue al ser humano.

¿Qué es lo que pasó? Que el país más importante de la tierra, cuyo presidente crea en Ginebra la Sociedad de Naciones, decidió no pertenecer nunca a la Sociedad de Naciones. Tras eso, estaba claro, todo el mundo lo sabía, que el nazismo alemán, el fascismo italiano y la tiranía ejercida a través del general Tanaka por el emperador Hirohito en Asia iban a provocar aquella terrible Segunda Guerra con millones de muertos...

Y así, como ya he comentado, se llega a la Carta de las Naciones Unidas, maravillosa, para hacer un siglo más humano...

Bueno, pues no tenemos nada de eso: el gobierno actual del mundo continúa en la plutocracia y el supremacismo como en los peores tiempos. Todo. Incluso algo que me parece detestable, deber de memoria, que viví muy de cerca: el 10 de octubre de 1986, aquel insólito presidente llamado Mijail Gorbachov visitó a Ronald Reagan y le propuso reunirse en un sitio muy apartado, muy, muy tranquilo. Y se reunieron en Reikiavik. Y le dijo al presidente Reagan: «Mire, yo vengo para decirle que la Unión Soviética se transformará en una Comunidad de Estados Independientes. Vengo a decirle que no se preocupe más por la reunificación alemana, porque el muro de Berlín se va a desmoronar rápidamente. Vengo a decirle que es intolerable que usted tenga 17 000 ojivas nucleares y yo otras 17 000». Y ese mismo día lograron bajarlo a seis mil, pero ahí se quedaron. Y ahí siguen. Que así ocurra es ridículo, es superfluo, es un disparate. Pensar que se pueda utilizar de nuevo una bomba atómica es absurdo e intolerable desde un punto de vista humano. Pero, en su momento, Reagan dijo que no se podían reducir más por razones de seguridad global. Pero ¿por qué tiene que estar la seguridad global dependiendo de un país y además de las armas atómicas?

Pues bien, este es el mundo que tenemos que enfrentar. Y antes no podíamos hacerlo, porque todo era siempre un poder absoluto masculino. Pero las cosas han mejorado mucho. Cuando era rector de Granada pensaba que el 90 % de los padres de los alumnos eran personas que nacían, vivían y morían en unos kilómetros cuadrados y que no tenían ni la capacidad de expresarse, ni podían pensar que pudieran tener la iniciativa de construir algunos mecanismos democráticos... Y eso en un entorno ilustrado. Así era imposible. Pero esto sí que ha cambiado.

Creo que el gran éxito se refleja en el hecho de que Carmen Magallón haya podido darnos esta relación de mujeres, algunas desde hace mucho tiempo, forjadoras de la igual dignidad. Había una discriminación enorme por razón de género, de ideología, de creencia, de etnia, de identidad sexual... Hemos mejorado mucho, progresivamente nos estamos reconociendo iguales. Además, ya podemos expresarnos aprovechando las posibilidades que la tecnología digital nos ofrece. Ahora podemos participar y ya podemos decir que no al actual sistema de seguridad.

Un sistema de seguridad que está basado exclusivamente en la fuerza militar y que solo considera la seguridad territorial, no la seguridad humana. Pero ¿y los seres humanos que viven en esos territorios? ¿Quién cuida para que tengan para comer y no mueran de hambre? Es terrible pensar que cada día mueren miles y miles de personas de hambre. Y si existen fuentes de riqueza, como ahora el coltán en África, lejos de distribuirse va a parar a los mismos bolsillos...

Sí: ahora tenemos la posibilidad de expresarnos, la posibilidad de decir que creemos en un sistema democrático multilateral, que no queremos más vetos. Hay que suprimir el veto inmediatamente aquí en Europa. Tenemos que suprimir el veto de Naciones Unidas. Y todo eso lo tenemos que hacer porque ahora ya podemos. Y si ya podemos, ya debemos. Ha llegado el momento de tejer grandes redes a escala mundial de instituciones como esta, como Jesús María Alemany hace desde hace tantos años. Redes con centenares de universidades adscritas, instituciones científicas... que unan a todos aquellos que queremos tener un siglo XXI distinto. Un siglo en el que nadie pueda argumentar que *por razones de seguridad no puede ir más allá*. Eso se tiene que terminar, no puede ser que todo que el mundo esté en manos del poder militar.

Recordemos el discurso del Presidente Eisenhower quien antes de traspasar el poder al Presidente Kennedy, el 19 de enero de 1961 denunció el poder indeseable del «complejo industrial militar». En la actualidad se dedican más de cuatro mil millones de dólares al día a gastos militares. Mientras tanto, no tenemos capacidad para paliar el desastre ecológico, ni siquiera para apagar los incendios por falta de medios. Tenemos muchas bombas, pero no tenemos

bomberos. Carecemos de los medios que podrían garantizar esta transición a un mundo más humano. Tenemos que revisar muy rápidamente el concepto de seguridad y lo que prevalezca sea la seguridad humana.

Cada ser humano es una maravilla. Cada ser humano es capaz de crear. Esa es nuestra esperanza: que podemos inventar el futuro, que, a pesar de que haya tantas dificultades, podemos aportar soluciones y sobre todo nos podemos asociar. Tenemos que pensar en que hoy ya es posible y por tanto hoy ya debemos decir que sí, que vamos a hacer todo lo que sea necesario para que podamos aplicar al fin la Carta: «Nosotros los pueblos... hemos resuelto evitar a las generaciones venideras...» Tenemos a nuestro favor este misterio de la capacidad de crear. Cada ser humano es una semilla de esperanza.

Espero que los próximos años nos permitan, de una manera ordenada, establecer cambios en la gobernanza mundial. Ha llegado el momento en que puede que seamos Nosotros, los pueblos...

Recuerdo y cito con frecuencia aquel final de uno de los libros de Albert Camus del que se cumplió recientemente el 110 aniversario: «Les desprecio porque podían y no se atrevieron». Pues nosotros ahora nos tenemos que atrever. Primero tenemos que saber, *sapere aude* que decía Horacio: adquirir conocimientos, saber hacer, saber construir puentes... pero después tenemos que saber atrevernos.

Muchas gracias.